



Destellos de tragedia y comedia

JORGE FREIRE

Pocos libros me han regalado tantas horas de esplendor y exuberancia como *Dominaciones y potestades* (1951), la última obra de George Santayana (Madrid, 1863-Roma, 1952). El autor contaba con 81 años cuando escribió esta “consideración materialista de la política”, saludada por el fenomenólogo Alfred Schütz como una obra maestra de la edad tardía, a la altura de *Las leyes*, de Platón, y *Fausto*, de Goethe.

Su título, tomado de la angelogía paulina, remite a dos formas que asume el poder. Si resulta desfavorable para el desarrollo vital, es dominación; si permite que la vida crezca y dé fruto sin agostarse, es potestad. “Todas las dominaciones implican un ejercicio de poder; pero, a mi entender, no todas las potestades son dominación.” Según esta lógica, un

mismo gobierno puede ejercer una potestad benéfica sobre una región o clase y, al mismo tiempo, suponer una onerosa dominación sobre otra región o clase.

Suele pasar inadvertido un aspecto muy estimulante de *Dominaciones y potestades*: la separación de la vida humana en tres estadios. En primer lugar, un orden *generativo* fragua la psique, posibilitando el desarrollo de la vida; en segundo lugar, el orden *militante* engendra la guerra, el comercio y el arte; por último, bajo el orden *racional* las vidas ganan en seguridad y en libertad, pudiendo dedicarse a la satisfacción de sus vocaciones.

Afirmaba su biógrafo John McCormick que dicha estructura era azarosa. Puedo afirmar que se equivocaba. Por lo pronto, se trataba de un esquema de

cuño aristotélico similar al propuesto por el estagirita en su *Política*. Tampoco era nuevo para Santayana, que en *La vida de la razón* (1905) ya había escindido la sociedad en tres órdenes: un estadio natural basado en la supervivencia, un estadio libre que alumbraba sentimientos como la camaradería y un estadio ideal que promovía el arte y la ciencia en concordancia con los más altos ideales. Lo relevante, a mi juicio, es que en este caso la división permitía a Santayana sugerir un diagnóstico de la sociedad contemporánea.

Recordé el “Babel de ideales” que, en *Vientos de doctrina* (1913), hacía tambalear unos principios europeos que nunca fueron estables, y de cuyo bamboleo solo se salvaban el aristocratismo y el comunismo. También se me vino a las mentes el drama mundial que, a pique de consumarse la catástrofe, describía Santayana en *Alternativas al liberalismo* (1934): al no encontrar ningún elemento de adherencia social, los individuos se echaban en brazos de la propaganda. ¿Acaso la tragedia europea se debía a la incapacidad de mudar *Dominaciones* por *Potestades*? ¿Podía entenderse el conflicto como un orden *militante* sin superar?

Si *Vientos de doctrina* ofrecía acerbias críticas al intervencionismo, en *Dominaciones y potestades* Santayana dejaba en manos del Estado un buen número de cuestiones materiales, al tiempo que proclamaba su “liberalismo radical”. ¿Paradoja? El filósofo se oponía a toda tentativa estatal de imponer una idea del Bien, ocurrencia propia de “protestantes enlevitados, con virtudes protegidas por la suerte y mediante la educación”. Como se leía en *Platonismo y vida espiritual* (1926), “que lo bueno debe ser relativo a las naturalezas y simplemente su ideal innato, latente o realizado, resulta

esencial. De otro modo, el término ‘bueno’ sería un término vacío”.

No era fácil desenredar esta madeja. Santayana había conminado al lector a no buscar en la obra preceptos políticos, sino “destellos de tragedia y comedia”. Su interpretación materialista de la moral hacía de esta una mera expresión de la naturaleza. De ahí que, en último término, no mediase un gran trecho entre las construcciones políticas y los instintos naturales. “Si los impulsos humanos convulsionan la sociedad, son las necesidades humanas las que la construyen.” Sea como fuere, decidí seguir tirando del hilo.

La respuesta estaba diseminada por unas cuantas obras de su *corpus*. Al leer lo que escribí en *El egotismo en la filosofía alemana* (1915) al calor de la Gran Guerra, comencé a intuirlo. A su juicio, el enfrentamiento político entre Inglaterra y Alemania respondía a una dicotomía cultural expresada en términos de libertad. La libertad alemana, como producto de la *Kultur*, se expresaba nacionalmente y se transmitía a través de la educación, mientras que la *culture* inglesa no era más que refinamiento y gusto privado. Si la primera conformaba moralmente al individuo, la segunda presuponía una libertad liberal basada en la no injerencia. Para Santayana, ninguna de las dos servía para formar individuos libres. Solo la libertad de los clásicos, obediente a la naturaleza de cada uno, podría lograrlo.

Sobra decir que *Dominaciones y potestades* no es un libro fácil. A su difícil recepción contribuyó lo incómodo que el autor resultaba al régimen franquista. Al fin y al cabo, Santayana lo publicó cuando más candente estaba el debate sobre su “españolidad”. En 1949, la cátedra Ramiro de Maeztu organizó una ponencia de Luis Farré en la Biblioteca Nacional titulada “El

españolismo de Jorge Santayana”. Asimismo, *ABC* dedicó una serie de artículos al tema a principios de los años cincuenta; en uno de ellos, Carlos Fernández Shaw negaba que el desarraigo existencial del autor constituyese un exilio.

Pinchaban en hueso. Permanecía inédito un texto de Santayana titulado *Filosofía del viaje*, que no se publicó hasta 1964. En él podía leerse que “el exiliado, para ser feliz, tiene que nacer de nuevo, debe cambiar su clima moral y el paisaje interior de su mente”. También hubo que esperar a su muerte para leer un poema que rezaba: “Yo he cantado a los cielos: mi exilio me hizo libre / Y de uno a otro mundo por todos me llevó.” Más claro, agua.

Por supuesto, sería fácil ver en Santayana a un apologista de la libertad interior. Reducirlo a una suerte de cinismo errabundo iría en consonancia con la visión chata de la libertad de los antiguos que todavía hoy perdura (a despecho de que, como bien sabemos desde Constant, esta iba estrechamente relacionada con la vida pública). Pero su denuedo de la libertad de los modernos, incorporado en el carácter móvil y expansivo de la psique militante, no lleva a repliegue alguno. *Dominaciones y potestades* sirve, ante todo, de piedra de toque de su liberalismo. De su lectura se deduce que la tarea del Estado sería doble: defender la libertad vital de cada persona, por un lado, y favorecer el florecimiento armónico de su psique. Fallaría si le impusiese una idea de Bien; pero también fallaría si lo abandonase.

España, por cierto, sí había tenido noticia de *Soliloquios en Inglaterra* (1922), polémico ensayo que el franquismo eludió como pudo. En él se leía que “la nación española cocina de un extremo a otro del año el mismo plato de garbanzos para comer; tiene una sola religión, si es

que tiene alguna; la parte devota de dicha nación reza las mismas oraciones cincuenta o ciento cincuenta veces al día, casi de carrerilla. [...] Si un manjar es barato, nutritivo y sabroso el lunes, por fuerza ha de serlo también el martes”.

Visto en su conjunto, el sistema de Santayana es el de un pensador total. Hay en él tratados filosóficos, estudios sobre arte, un *Bildungsroman* y hasta un extenso poema trágico. Después de escribir la tesis bajo la dirección de Josiah Royce y William James, muchos lo tomaron por un filósofo pragmático; tras la publicación de *El egotismo en la filosofía alemana*, otros lo motejaron de naturalista; la aparición de *Escepticismo y fe animal* (1923) le valió ser visto como un escéptico. Quizá todos tuvieran razón.

Dominaciones y potestades supone, por un lado, la destilación a baja temperatura de su pensamiento filosófico: su pragmatismo, su naturalismo y su escepticismo se aquilatan en esta obra. Por otro, la cumbre de una prosa que, durante más de mil doscientas páginas, raya a enorme altura. El aticismo de Santayana hace que esta, aun siendo pródiga en metáforas y en ocasiones compleja, mantenga la ligereza. Muy pocos filósofos han escrito tan bien.

De este grueso ensayo, complejo pero elucidario, puede decirse lo que Teju Cole escribió acerca de la mejor novela de Naipaul: que, bajo su enorme longitud, cobija a quien lo lee. En tiempo de ensayos plúmbeos y una ininteligible jerga académica, la prosa de *Dominaciones y potestades* se lee regaladamente. Además de unos cuantos hallazgos filosóficos, trae a presencia la condición literaria de la filosofía. Los buenos libros, ya se sabe, son de una fecundidad ubérrima. —

JORGE FREIRE (Madrid, 1985) es escritor. Su libro más reciente es *Agitación. Sobre el mal de la impaciencia* (Páginas de Espuma, 2020).